

Discurso leído por el Sr. Director

en la inauguración del curso de 1931 a 1932.

SRES. ACADÉMICOS:

Inauguramos el 16.º curso de nuestra Academia, y, en verdad, que contrasta el acto de hoy con el que sirvió de comienzo a las tareas del anterior. Bien se patentiza la huella que imprimen la mudanza y vicisitudes de los tiempos en el desenvolvimiento de los hechos humanos. Al interesante espectáculo que ofrecía esta Academia, rindiendo homenaje a la ilustre toledana Sor Jerónima de la Fuente, como símbolo de la misión civilizadora que nuestra Imperial ciudad ha ejercido allende los mares (acto solemnísimo, en el que tomaron parte cuantos elementos integran la cultura de nuestra urbe, unos como actores y como espectadores los demás), ha sucedido, por circunstancias imprevistas, la callada sesión inicial de este curso sin el menor reclamo.

Nos hemos reunido en familia, en hogar íntimo, en el que, como sucede en la vida doméstica, los sentimientos, las aspiraciones y hasta las discrepancias, se desenvuelven en afectuoso ritmo, sin que se afloje el lazo de simpatía que une a sus individuos. La intimidad facilita la expansión del espíritu, convida a dar rienda suelta a cuanto pensamos y queremos, sin que por ello se produzca resquemor alguno.

En una solemnidad aparatosa, ante el protocolario ritualismo, en presencia de repleto auditorio que ocupa el salón y que, a veces concurre, más que por afán de aprender, por compromiso o curiosidad, juzgaríase indiscreto y hasta inoportuno formular ciertas aseveraciones, aun cuando estuvieran en consonancia con la índole del asunto y con las exigencias del momento.

La sesión de hoy, por lo modesta y exenta de exterioridad, me alienta para exponer con lisura, sin eufemismos ni acomodamiento alguno, lo que me dicta mi conciencia al dar comienzo a nuestra labor académica.

La iniciación del curso pasado, los interesantes actos que celebró esta Academia, eran anuncio halagüeño de vida próspera;

pero bien dice el conocido aforismo «El hombre propone y Dios dispone». El cambio de régimen político que nuestra Corporación se apresuró a reconocer, por lo mismo que la vida de estas entidades no es consubstancial con determinada forma de gobierno, siendo por tanto completamente apolítica, ha repercutido en lo que pudiéramos llamar su *razón social*, teniendo que resignarse ante la mutilación del título que ostentaba, que el momento histórico exigía a modo de imperativo categórico.

No se opone el acatamiento al nuevo régimen, a la gratitud que debemos al monarca destronado, y sin que esta manifestación roce lo más mínimo el estadio de la política, la Academia no puede, no debe olvidar que, apenas fundada, D. Alfonso de Borbón la honró ofreciéndose como académico protector. Justo es, pues, que dediquemos un recuerdo a este personaje, como lo hemos hecho siempre con el que se ha separado de nosotros, bien por la muerte o por otro motivo; siendo característica de pechos nobles y generosos compadecer al desgraciado.

La situación social porque atraviesa nuestra Patria se refleja forzosamente en la vida interior de las instituciones culturales, porque éstas, para su desenvolvimiento, necesitan un ambiente de bienestar en todos sus aspectos; no se aviene con la intranquilidad, el desasosiego y la constante alarma. El estudio, el cultivo de la ciencia, la avidez del investigador, el anhelo de los sabios en busca de la verdad, requiere la ausencia de las preocupaciones al uso, de los resquemores, odios, ambiciones bastardas; ya lo dijo el príncipe de los ingenios españoles en su obra inmortal: «El sosiego, el lugar apacible, la quietud del espíritu son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas, etc.» ¿No lo véis? ¿No notáis la atonía de los Centros donde se rinde culto a la ciencia, como Ateneos, Academias y otras entidades análogas, cual si existiera un paréntesis en su labor docente? Traigo a colación esas citas para que sirva de compensación y disculpa a nuestra apatía, si hubiera existido, en vista de la conducta de tales corporaciones, que siempre nos han servido de ejemplar y modelo.

A mayor abundamiento y en descargo nuestro, he de hacer constar que han surgido pormenores en relación con la vida interna de la Academia, que de hecho han influido en nuestra actuación; algunos de nuestros compañeros llevan mucho tiempo imposibilitados de asistir a las sesiones, a causa de crónicas enfer-

medades; la parte económica ha sufrido también quebranto, porque nuestro municipio suprimió la subvención que disfrutábamos; la Diputación provincial ha disminuído la suya; y por lo que respecta a la del Estado, hemos padecido durante algún tiempo una especie de entredicho, hasta que por último hemos conseguido que éste desaparezca.

¡Que mucho que tales hechos particulares, coincidentes con el malestar social hayan abatido nuestro ánimo y mediatizado nuestros arrestos! No perdamos de vista, además, que la historia registra bastantes casos en la vida de la humanidad, en que las familias y los pueblos han experimentado crisis y convulsiones que parecía poner a riesgo su vitalidad.

En vista de lo expuesto, os explicaréis ahora que vuestro Director, agobiado por el peso de los años, que han desgastado sus facultades, haya tenido que implorar vuestra benevolencia, solicitando el forzoso retiro. No obstante su situación de dimisionario, permitidle que os dirija un afectuoso requerimiento para que vuestro espíritu no desmaye; que la buena voluntad y energías que siempre habéis puesto a contribución de la Academia no decaigan, a fin de que no pueda interpretarse torcidamente la aparente pasividad que, en rigor, no es otra cosa que un momento de descanso en la senda de nuestros afanes y desvelos.

Por fortuna, contamos con elementos personales de gran valía, aumentados con los dos nuevos compañeros que han ingresado en este curso, y bien pronto contaremos otros dos en nuestro seno; de este modo, nuestra magna empresa no sufrirá el menor quebranto y habrá de influir en la prosperidad de nuestra Corporación.

Salgamos a la calle, como varias veces hemos sostenido; ayudemos a los poderes públicos en la educación e instrucción del pueblo, ya que la cultura intelectual es la mejor garantía del orden y bienestar de un país.

